

Revalorización espiritual del trabajo ordinario

Escrivá, santo del trabajo profesional diario

MERCEDES GORDON *

Tengo aún en la memoria las espléndidas realidades espirituales y humanas experimentadas en una de las jornadas eclesiales más impresionantes de la historia de la Iglesia. Me refiero a la del seis de octubre pasado, a la canonización de Josemaría Escrivá, al clima de fervor, de seriedad, de civismo, de emoción, de catolicismo profundo vivido en la plaza de San Pedro por una multitud de personas de todas clases, procedentes de 84 países, cuya cifra total resultaría inútil querer señalar con exactitud, aunque los menos adaladores reconocen que

podría haber llegado al millón. Cuantos auguraban para ese día en Roma los excesos de un nacional-catolicismo exarcebado han tenido que retirar sus palabras. Lo que se ha visto ha sido un catolicismo joven, fuerte, ecuménico (pocos sabían que desde 1950 Escrivá admitió como cooperadores a no católicos), abierto, con los pies en la tierra y el corazón en Dios, junto al Papa, el prelado del Opus Dei, Javier Echevarría, 20 cardenales, 500 obispos de los que 54 eran españoles, más de 1.500, sacerdotes y, a modo de notarios, 450 periodistas de todo el

mundo. Ha habido medios europeos que han enviado tres y hasta cuatro enviados especiales.

La subida a los altares del fundador del Opus Dei, además de llenar de gozo a sus hijos, colaboradores y simpatizantes, además de congregar a innumerables fieles que acaso jamás habían asistido antes a un acto de la Obra pero quisieron participar en ese momento único y estremecedor que es la proclamación de un nuevo santo, por ello mismo figura universal de la Iglesia, además de ver glorificado a quien tanto se había denostado, además de todo ello, se ha visto un hecho al que si bien no debemos llamar milagroso si podemos calificar de prodigioso: la ausencia de polémicas religiosas y controversias políticas.

Desde el seis de octubre, Escrivá y el Opus aparecen a los ojos del mundo con un rostro nuevo, con su verdadero rostro de realidad eclesial madura, antes negativamente maquillado por el desconocimiento, las incomprendiones, las injustas descalificaciones, las demonizaciones y las hostilidades, conscientes e inconscientes, de gentes de dentro y de fuera de la Iglesia católica. La originalidad de su obra desconcertó a muchos.

Desde la fecha de su beatificación en mayo del 92, pero sobre todo durante este año del centenario de su nacimiento y de su canonización, la vida del fundador y la historia del Opus Dei han ido cobrando los colores reales correspondientes a la vida de un sacerdote santo y a la historia de una institución de la Iglesia, que si Dios no la hubiera inspirado ya, habría que crearla. Se ha producido un nuevo estilo de apertura y humildad en la citada institución que está cosechando frutos positivos.

Se han editado biografías de San Josemaría y estudios sobre su pensamiento y sobre el Opus Dei. Unas populares, como la biografía que se repartía en el kit que recibieron todos los peregrinos, San José María Escrivá, de Miguel

Dolz. Otras eruditas, como la La fundación del Opus Dei del historiador John F. Coverdale, editada por Ariel y en la que aparece con viveza la personalidad del fundador, si bien en el terreno de la historia española y de algunos datos hay deficiencias puntualizadas por pluma tan autorizada como la de Juan Velarde Fuertes, en *Alfa y Omega*. Otras colectivas como *Josemaría Escrivá: Centenario 1902-2002*, editada por Rialp.

Desde su constitución, la Fundación Studium ha fomentado el mejor conocimiento del santo y su obra. Son innumerables las conferencias, los simposios y las investigaciones en ambos campos realizados en ciudades de todo el mundo. Citemos la conferencia de la Universidad Católica de Budapest sobre “Ciencia, Fe y Universo a la luz de los escritos de Josemaría Escrivá” o el importante simposio celebrado en el IESE de Madrid sobre “Trabajo, Familia y sociedad en el siglo XXI” en la que los ponentes, entre los que estuvieron Juan Aparicio, ministro de Trabajo, Gloria Kan, experta en asuntos sociales de la ONU, Patrik Fagan, de la Heritage Foundation de Washington, Amalia Gómez, ex secretaria de Estado para Asuntos Sociales, además de otros profesores, citaron las enseñanzas del nuevo santo en esos campos. Sin olvidar el congreso de principios de año en Roma.

En Italia ahora resulta “in” estar con el Opus (4.000 miembros italianos). Es patente también allí el cambio de actitud que constatamos. Baste el dato oportunamente destacado en todas las crónicas: Massimo D'Alema, líder indiscutible del poscomunismo italiano, ocupó lugar preferente entre los invitados junto al vicepresidente del Gobierno, Gian Franco Fini, la plana mayor del centro-derecha, los representantes del Gobierno español, los ministros de exteriores, Ana Palacio y de Justicia, José María Michavila, además de autoridades aragonesas ya que el santo nació en Barbastro y personalidades como el ministro de

Defensa Federico Trillo, la ex ministra Isabel Tocino, los dirigentes de la Obra y personalidades de todo el mundo tan polifacéticas como Alberto Sordi, Lech Walesa, Giulio Andreotti, Mama Ngina Kenyata, viuda del primer presidente de Kenia independiente, o el entrenador de la selección nacional italiana de fútbol, Giovanni Trapattoni, o un grupo de ortodoxos procedentes de Rusia liderados por el poeta Alik Zorin, o Hinrich Bues, pastor protestante de Hamburgo, o el pintor chino Gary Chu, por citar algunos. Enviaron delegaciones oficiales 16 países de Europa, África, Asia e Hispanoamérica.

En primera fila, como no podía ser menos, el médico cirujano traumatólogo Manuel Nevado Rey, con su familia, venido desde Badajoz donde reside. Impresionado y emocionado, mirándose las manos milagrosamente curadas por el beato Josemaría de una radiodermatitis crónica. Ha vuelto a operar. Milagro decisivo para la canonización, si bien el postulador de la causa, monseñor Flavio Capucci, tiene archivadas otras 48 curaciones médicamente inexplicables, atribuidas a la intercesión del nuevo santo que próximamente se darán a conocer en un libro.

Las autoridades italianas se han volcado en esta ocasión para facilitar la vida de los miles de romeros esperados esos días: los transportes públicos romanos fueron gratis los días 6 y 7, algunas empresas proporcionaron botellines de agua gratis aquella mañana, y los mochileros y familias jóvenes con niños pudieron adquirir casi regalada una bolsa de comida que consumieron sentados en las aceras de vía de la Conciliazione o en los alrededores del castillo de Sant Angelo o en los barrios adyacentes.

Por tierra, mar y aire llegaron los romeros. Líneas regulares y cientos de chárter. Autobuses, caravanas, coches particulares... Varias familias con niños y bebés llegaron desde Cádiz y Sevilla en caravanas (30 horas de

viaje) que aparcaron junto al Tíber esos dos días. Barcos procedentes de Valencia y Barcelona, me contaba el sacerdote Jorge Molinero, habían atracado en Civitavecchia. Así se explica que el gobierno italiano haya querido dar el nombre de San Josemaría a un muelle del citado puerto a donde llegaron 10.000 peregrinos de diversas ciudades del Mediterráneo y de Hispanoamérica.

Acostumbrados a oír poco y desintonizado acerca de este sacerdote santo y de su obra, se justifica la pregunta de algunos asombrados ante una canonización tan internacional y tan esmeradamente organizada. Pudieron participar en ella los telespectadores y radioyentes de 29 emisoras de los cinco continentes en sus propias lenguas. En la plaza de San Pedro y en la adyacente de Pío XII y a lo largo de la vía de la Conciliazione, la gente podía ver los primeros planos de la ceremonia a través de 9 pantallas gigantes. Incluso los sordos fueron atendidos con una especial retransmisión en su lenguaje de signos. Además fue transmitida en directo vía internet.

La gente del Opus son hombres y mujeres preparados y han dado lo mejor de sí mismos, lógico, en esta ocasión utilizando todos los medios: excelentes son sus páginas en la red donde desde el mes de abril estaba todo sobre el fundador, su canonización y su obra. Y todo sobre la brillante idea de rendir homenaje al nuevo santo creando el llamado proyecto Harambee 2000, que ha abierto un fondo de donativos para levantar al África subsahariana. Con ese fondo, ya generosamente nutrido por los peregrinos que han ido a Roma, se harán realidad proyectos destinados a la educación y a la promoción de la mujer. Harambee sostiene con el africano doctor León Tshilolo, director médico del hospital de Monkole, en Kinshasa, que “la educación es la clave del desarrollo y la mujer es la base de la educación”, ahí quieren trabajar fuerte. También han promovido otros proyectos sociales, como el último de Madrid,

la creación de un hospital residencia de ancianos denominado Laguna que se alzaría en el barrio de Latina, para cuya financiación la Orquesta Nacional ofreció en el Auditorium la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

Simples cristianos de verdad

Josemaría Escrivá, natural de Barbastro, fue ordenado sacerdote en 1925 y se doctoró en Derecho con una tesis sobre la Abadesa de las Huelgas. Tres años después, ya en Madrid, el 2 de octubre, sintió la llamada a crear el Opus Dei. Dios eligió a este hombre joven, sencillo, jovial, con ardiente vocación de santidad, con don de gentes, para fundar una institución que sería clave para renovar la vida cristiana en los tiempos difíciles que se avecinaban.

Josemaría escribió telegráficamente en su diario: “Simples cristianos. Masa en fermento. Lo nuestro es lo ordinario, con naturalidad. Medio: el trabajo profesional. Todos santos”. Ésa era su misión, ésa iba a ser su obra, entraban todos, hombres y mujeres, laicos y consagrados.

El primer centro se abre en 1933: la Academia DYA dirigida a estudiantes. Se dan clases de derecho y arquitectura. En 1939 se publica en Valencia la primera edición de *Camino*. Y en 1941 el obispo de Madrid, Eijo Garay, concede la primera aprobación diocesana del Opus Dei. En 1946 se instala en Roma, en la calle de Bruno Buozzi, donde se alza “Villa Tevere” y desde donde irradia la obra a otros países. En ese mismo lugar está la iglesia prelatia del Opus Dei, Santa María de la Paz, donde se conservan, veneradísimas, las reliquias del santo.

En 1947 la Santa Sede otorga la primera aprobación pontificia. En 1950 Pío XII otorga la aprobación definitiva. En esos años

Escrivá crea la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz que permite la ordenación de sacerdotes del Opus Dei. Juan XXIII le nombra consultor de la Comisión Pontificia para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico. En 1962 comienza el Concilio Vaticano II, de cuyas ideas respecto a los laicos es un verdadero precursor. En 1969 se celebra en Roma un congreso general extraordinario del Opus Dei para estudiar su transformación en Prelatura Personal, figura jurídica prevista por el Concilio, adecuada al fenómeno pastoral del Opus Dei que se extiende por Europa, África e Hispanoamérica. Escrivá viaja por todo el mundo suscitando nuevos centros de la obra, alentando a sus seguidores y derrochando energía en una verdadera siembra de santidad. En 1975 fallece en Roma. En ese momento pertenecen a la Obra 60.000. personas.

“Me llamo Escrivá y escribo”, decía bromeando. Lo cierto es que deja una colección de escritos espirituales para la formación de sus hijos que le constituye en un maestro de vida interior. *Camino* es el buque insignia con innumerables ediciones en numerosas lenguas. Le siguen *Surco*, *Amigos de Dios*, *Forja* y otros más. En 1982 Juan Pablo II erige el Opus Dei en prelatura personal mediante la Bula *Ut Sit* y nombra prelado al sucesor de Escrivá, don Álvaro del Portillo. Un año antes se había abierto la causa de canonización del fundador. Hay que decir aquí en honor de la verdad que sus primeros seguidores han sido ejemplarmente fieles al fundador. Beatificado en mayo de 1992, el Papa dijo ese día de él: “La actualidad y trascendencia de su mensaje espiritual, profundamente enraizado en el Evangelio, son evidentes como lo muestra la fecundidad con que Dios ha bendecido su obra”.

Un “materialismo cristiano”

Ya santa Teresa de Jesús decía a sus hijas que Dios andaba entre las cacerolas, y más tarde san Francisco de Sales, obispo de Ginebra, coetáneo de Calvino, predicaba una espiritualidad de la vida cotidiana. Pero ha sido San Josemaría Escrivá el que con total originalidad ha sabido presentar a los cristianos del siglo XX la vida ordinaria y el trabajo profesional de cada uno en su estado, como medio de santificación al que está llamado todo bautizado, como hijo de Dios que es.

Situar el trabajo profesional, realizado con la máxima perfección humana y sobrenatural de que seamos capaces, en el quicio de su mensaje apostólico era de una novedad impresionante en aquel 1928. En la España de entonces, donde todavía se jactaban muchos de vivir sin trabajar como ideal aristocrático, Escrivá plantó la primera piedra de una nueva filosofía evangélica basada en el valor del trabajo, a la que llamaba “materialismo cristiano”, cuyas implicaciones están siendo investigadas desde hace años. Uno de los investigadores de este aspecto del mensaje de San Josemaría es José Luis Illanes autor de *La santificación del trabajo ordinario*.

A esta revalorización espiritual del trabajo ordinario, el sacerdote Escrivá sumó una lectura profunda del Evangelio para encarnarlo. Un seguimiento a Cristo sin trabas, un inmenso amor a María, madre de Dios, una vida sacramental intensa, de oración plena, de total fidelidad al vicario de Cristo y una humildad casi ingenua que propuso también con toda exigencia a los miembros del Opus Dei, sacerdotes, laicos consagrados o laicos casados, hombres o mujeres, numerarios o supernumerarios. Urgía a la unidad de vida como hijos de Dios.

En todo ello estriba su formidable aportación a la vida de la Iglesia.

Como todos los santos, Josemaría se dejó guiar por el Espíritu Santo para cumplir la voluntad de Dios, pese a grandes y muchas dificultades. En los momentos de dolorosa contradicción decía a sus íntimos: “¿Sabéis por qué la Obra se desarrolla tanto? Porque han hecho con ella como con un saco de trigo: le han dado golpes, la han maltratado, pero la semilla es tan pequeña que no se ha roto, al contrario se ha esparcido”. Esta frase la recordaba el cardenal Antonio María Rouco, arzobispo de Madrid, en la misa de acción de gracias que celebró después de la canonización en San Pablo Extramuros. En 16 iglesias y basílicas de Roma se han celebrado 29 misas de acción de gracias, en 20 lenguas. La última celebrada el día 10 de octubre en la basílica de San Eugenio que desde el día 3 expuso el cuerpo de Escrivá a la veneración popular, de allí han sido devueltos a la iglesia prelatía de Santa María de la Paz. Pero la primera misa de acción de gracias tuvo lugar en la plaza de San Pedro al día siguiente de la canonización. Fue celebrada por el prelado del Opus Dei, Javier Echevarría, quien urgió a convertir la prosa diaria en versos de poema heroico, transformar las situaciones comunes en realidades de santidad y apostolado.

En la Iglesia católica sucede la santidad a través de la historia. Dios convoca a hombres y mujeres para que abran nuevos caminos de santidad según las necesidades y las circunstancias de cada época. Para los tiempos posmodernos, de rabiosa secularización, tiempos en que se ha separado lo sacro de lo profano, hacía falta este proyecto cristiano que amalgama las dos realidades.

Al preguntar a Joaquín Navarro Valls, director de la sala de prensa de la Santa Sede, sobre como ve él el sentido de esta canonización, me contestó: “Dios proyecta sobre la humanidad necesitada de orientación una obra que une lo

sacro con la vida de cada día. Y así alienta el progreso del cristiano, de la Iglesia y de toda la sociedad”.

Tenía que ser el Papa Juan Pablo II quien canonizara a Escrivá, porque ha sido uno de los hombres de la Iglesia que mejor ha entendido al Opus. Como sacerdote, Karol Wojtyła se había preocupado siempre de los laicos, de los jóvenes, de los universitarios, de los matrimonios, de la vida de cada día. Éste es el Papa de los laicos. Ahí está su apoyo a los neocatecumenales de otro español, Kiko Arguello, a los que acaba de dar estructura jurídica; igualmente alienta a los movimientos seculares de los Focolari, de Comunión y Liberación, de los legionarios de Cristo, y tantos otros. Por cierto, delegaciones de todos estos movimientos asistieron a la canonización de Escrivá.

Juan Pablo II decía en la homilía de ese día que el mensaje cristiano no aparta a los hombres de la construcción del mundo, sino que les obliga más a llevar a cabo esta construcción como un deber. En el Evangelio se había leído el pasaje en que Jesús exhorta a Pedro a “remar mar adentro”. El Papa señaló que san Josemaría había acogido sin vacilar la invitación *Duc in altum* y la había transmitido a toda su familia espiritual.

Esta misma invitación renovó el Papa ese día: “remar mar adentro y echad las redes para la pesca”.

Igual que los pescadores africanos de lengua kiswahili gritan “*harambee!*” (“todos a una”), cuando recogen las redes, los cristianos tienen que ir todos a una en la tarea de la nueva evangelización que los tiempos exigen. El locutor de la retransmisión emitida por TVE de la canonización en lengua española fue un jesuita.

Y ha sido un periodista numerario del Opus, el corresponsal de *ABC* en Roma, quien ha

entrevistado al general de la Compañía de Jesús, Padre Kolvenbach.

Esta canonización de Josemaría Escrivá, de la que doy cuenta y razón en estas líneas, es la número 468 de las proclamadas por Juan Pablo II. Y hay que saber que desde la creación en 1588 de la Congregación para la causa de los santos, hasta el comienzo del pontificado de Juan Pablo II en 1978, se habían proclamado a 296. A la vista, ya en el horizonte cercano, espera la de la madre Teresa de Calcuta, ya canonizada en el corazón de todos los cristianos y no cristianos. El Papa está dispuesto a abreviar trámites.